

BAJO LA SOMBRA DE WELLINGTON

Jesús María Sáez (Txusmi Sáez)

La noche se había vuelto umbrosa, alargada y melancólica, como un ciprés que difumina su sombra sobre las lápidas del camposanto, envuelta en un sentimiento sórdido que armonizaba perfecto con la tenue luz de la luminaria pública, donde sus bombillas de gas de mercurio, vapor de sodio a alta presión y haluros metálicos bañaban en tonos amarillentos las calles de la ciudad. Una ciudad aciaga, vacía de personas y acaso de sentimientos, como mi corazón en esos momentos. Lo único tal vez agradable se podía inscribir en el clima, puesto que la primavera había acudido temprana a su cita anual, derramando por el empedrado temperaturas suaves, demasiado livianas para el crepúsculo vitoriano del mes de mayo, sin duda determinadas por un cambio climático preocupante que se avecinaba sigiloso e imparable y se reflejaba en nuestros termómetros, pese a los discursos negacionistas carentes de sentido común y de evidencia científica.

No había sido fácil. No puede ni debe serlo si alguien importa, y Blanca me importaba. Por eso, cuando estábamos terminando la cena en el restaurante italiano, mientras el tiramisú blandía entre nosotros sus capas aviesas de bizcocho empapadas en café, queso mascarpone, cacao en polvo y un toque de licor, noté una sensación indefinida al cincuenta por ciento de culpa y otro tanto de alivio por la que se intentaba colar, sin éxito alguno, pues no quedaba espacio, una parte minúscula de arrepentimiento.

Blanca y yo teníamos una relación utópica, entendiendo la definición en su sentido más estricto como ficticia o ilusoria en sí misma. Ella era ertzaina. Había sacado la plaza seis años antes peleando en una promoción en donde se estuvieron a punto de anular los resultados debido a ciertas filtraciones de exámenes que, de alguna forma, marcaron siempre con tinta indeleble a los aprobados, imprimiéndoles una interrogante de tramposos en la espalda del chaleco antibalas que siempre los acompañaría. La destinaron a San Sebastián, a la comisaría de El Antiguo, por lo que durante siete días consecutivos de trabajo no aparecía por nuestra morada (a veces incluso más motivado por la escasez de agentes y recursos disponibles). Después regresaba a casa en sus descansos con avidez y pasión; demandaba aliviar la tensión acumulada en su estresante trabajo y lo hacía de la mejor forma posible: follándome como una loca. Y en ese punto nuestra relación se contenía, se sujetaba, de una manera transversal. Ella se centraba en su trabajo, yo en el mío (por cierto, soy bibliotecario de un centro cívico del Ayuntamiento) y el tiempo compartido entre ambos se mantenía, haciendo malabarismos circenses, entre intercambio de fluidos corporales (frecuentes y satisfactorios, todo he de decirlo), salidas al cine (abusando un tanto de films dogma con sus estrictas normas de producción, finales en exceso abiertos y una cámara en convulsión incesante que terminaban creándome una especie de síndrome de Ménière), y paseos breves con pincho pote incluido (generosos en ambas vertientes, por lo que mi peso se mantenía invariable pese al ejercicio constante al que con crueldad lo sometía).

El problema surgió, como surgen casi todos los problemas, no por incompatibilidades irresolubles o por diferencias insalvables en gustos y aficiones (que también parte había), sino por aburrimiento; un total, cansino y prolongado aburrimiento digno de hacer bostezar al mismísimo Herman Melville y a su mascota cetácea Moby Dick. Ocurrió que cuando Blanca pudo optar por méritos propios a un nuevo destino eligió trabajar en Vitoria, para así quedar adscrita a la sección de la policía de tráfico en la academia de la Ertzaintza en Arkaute, y fue entonces, solo entonces, cuando descubrí con estupor que era lo más tedioso que me había sucedido nunca. Ella dejó de ser una loca que amaba como tal y pasó a convertirse en una cuerda que ataba con fuerza. De manera que, tras

mucho meditarlo y poco comprenderlo, dando antes oportunidades a las Moiras y al santo Job para que intercediesen y no hallando en ellos solución alguna, opté por finiquitar la relación de manera categórica.

De eso hacía apenas unas horas, dilapidando dos años en pareja y habiéndome comido una pizza cuatro quesos; algo impensable sin duda por lo grasienta e indigesta que termina siendo por la noche. Le dejé, faltaría más, tiempo para que se buscara otro sitio donde vivir (el piso es mío), pero ella, orgullosa y ofendida, decidió mandarme a mí, al tiramisú italiano y al apartamento de dos habitaciones a la puñetera mierda y se fue a casa de una amiga a pasar la noche no sin advertirme que regresaría al día siguiente a por sus cosas. Volvería a nuestra casa común a media mañana, cuando yo estuviera sumergido entre las páginas ambarinas de mis libros de préstamo, ordenando en las estanterías las historias de quienes escriben y las sensaciones de quienes las leen y las palpan. Regresaría entonces para dejarme vacíos los cajones, arrebatándome el olor de su ropa bien doblada, casi siguiendo una norma matemática; usurpando del espejo del salón su viva imagen reflejada; privándome de la visión entre sensual y obscena de los tangas negros secándose en invierno sobre los tórridos radiadores; del espacio usurpado en el cuarto de baño, convertido en su propio feudo medieval con sumiso derecho de pernada; y también, cómo no, para llevarse a Adolfo, el hámster que, a decir verdad, aún no entiendo como había sobrevivido tanto tiempo a mi cuidado, puesto que se me olvidaba darle de comer con reiterada frecuencia (de ahí entiendo ahora su expresión de odio cuando me miraba desde su prisión de cristal mientras mordisqueaba, ansioso, la rueda sin fin sobre la que corría como pollo sin cabeza).

Así que opté por hacer esa noche del miércoles lo que mejor se me daba cuando no quería pensar en nada: pensar en todo una y otra vez mientras vaciaba los serpentines de cerveza tostada de los bares que, paulatinamente uno tras otro, iban cerrando a medida que la hora de las brujas se acercaba. Terminé, por tanto, en la plaza de la Virgen Blanca (el destino parecía reírse de mí ofreciéndome su nombre en ofrenda) sin locales abiertos que abordar, la cabeza un tanto confusa, más que por la decisión de romper con mi chica, por las ocho cervezas que me había trincado entre pecho y espalda; el estómago resentido, más que por la ruptura y las cervezas, por la pizza cuatro quesos que ya he mencionado antes; y el cuerpo cansado aunque sin sueño, con la moral en un estado tan lamentable como la cartera: bajo mínimos.

Me senté a los pies del monumento a la Batalla de Vitoria, que en esos momentos se me antojaba cómodo y que por otro lado era lo único que me ofrecía un espacio hospitalario para descansar. Estiré los pies y coloqué las manos tras la nuca transmitiendo una imagen de pereza manifiesta que nadie veía a excepción de los operarios montados en un camión de la basura que ascendía renqueando por la calzada paralela a la plaza, a los que mi silueta noctívaga intuyo les dejó indiferentes.

Eructé de manera sonora y me reí de mi propio eco. Los gases de la cerveza expulsados desde el estómago retumbaron en el silencio de la ciudad blanca repitiéndose en una cadencia incansable antes de desaparecer absorbidos por los miradores de la plaza; esas construcciones características de Gasteiz que desde 1850 han sido testigos únicos y sigilosos de la historia de la ciudad.

Me quedé reflexionando en voz alta. Las blancas edificaciones decimonónicas de madera habían sido espectadoras privilegiadas de lo que pasaba fuera y dentro de las casas. Los miradores proliferaron como setas en el siglo XIX entre la gente con buen nivel adquisitivo de Vitoria, catapultando al ya laborioso gremio de los carpinteros hacia su máximo esplendor, antes de que aparecieran los fontaneros y desbancaran cualquier oficio, erigiéndose en todopoderosos dioses mundanos capaces de salvaguardar o dilapidar la existencia de una familia controlando los tiempos de trabajo. Pero volviendo a los miradores, estos poseían la utilidad innegable de los cristales exteriores

para retener en el interior de la casa los rayos de calor del sol en unos tiempos en los que no existían calefacciones. Además, sumaron la funcionalidad de crear un mayor espacio útil a la vivienda, la posibilidad de observar lo que acontecía en la calle desde el anonimato y revalorizar a su vez el edificio añadiendo una belleza singular a su fachada exterior.

—Y lo más curioso es que hasta que nuestros enemigos no inventaron los vidrios de gran tamaño, no se pudieron construir...

Miré sobrecogido hacia todos los lados al escuchar la frase casi susurrada desde el abatimiento, pero no vi a nadie. La había percibido tan clara que me negué a aceptar que cobraba vida solo en mis propios pensamientos. Me levanté y rodeé el pedestal en busca de algún vagabundo o tal vez de quien, como yo, desperdiciaba las horas de sueño fruto de su desesperanza. Pero allí no había nadie.

—Solo encuentra el que mira bien —repitió de nuevo la misma voz, logrando que me sobresaltara una vez más.

Corrí hacia uno y otro lado alternativamente alrededor del monumento conmemorativo de cuando a los franceses les dimos con la mano abierta, por si algún listillo me estaba tomando el pelo aprovechando mis momentos de debilidad y menguadas facultades, propiciadas por el abuso de la cebada fermentada con lúpulo. No encontré nada a excepción de una caca de perro con la consistencia adecuada para no adherirse a mis suelas en demasía. Sin embargo, debido al ajeteo, sentí como mi vejiga suplicaba una descarga urgente. Miré de nuevo hacia todos los lados, inclusive a las ventanas y miradores sobre los que antes reflexionaba y, convencido de que las voces eran cosas de mi subconsciente, decidí desahogarme a un lado del monumento, salpicando parcialmente el banco de madera en mi fluvial descontrol, llegando incluso a mojar la parte baja de la peana.

—¡Ya estamos con las guarradas a vueltas! Todos los días acabamos soportando los orines de la plebe... —De nuevo la voz sonó clara y esta vez enfadada.

—Pero... ¿quién demonios me está espiando? —repliqué mientras guardaba mis atributos en su familiar zona de confort.

—Soy yo.

—Ya está bien con la broma ¿no? —Me di cuenta de que, con las prisas y el agobio, había manchado con varias gotas de pis la pernera del vaquero. Solté una maldición que rebotó por las fachadas igual que el eructo, incluso de manera más ordinaria si cabe.

—No estoy yo para bromas a estas horas intempestivas —prosiguió la voz, ora inquisitiva, ora imperativa—. Me encuentro aquí mismo, justo encima de usted, no me diga que no me ve...

Ascendí la vista hacia la base de figuras en piedra arenisca que componen el primer círculo del monumento y, anonadado, observé como la estampa del general Álava a lomos de su pétreo caballo me miraba fijamente. Sus labios se separaron y la voz surgió de nuevo, sin duda alguna, desde la estatua ecuestre del militar:

—Es usted un peregrino desconfiado —sentenció—. Parece sorprendido.

—¿Desconfiado? Claro. ¿Y cómo no voy a estar sorprendido? ¡Si me está hablando una estatua! —balbuceé intentando recomponerme, algo que vistas las circunstancias se antojaba harto difícil.

Me froté los ojos, recorrí otra vez con la mirada toda la extensión de la plaza dedicada a la patrona de la ciudad y terminé de nuevo ante el monumento contemplando al general alavés, agregado al Estado Mayor de Wellington y decisivo en la Batalla de Vitoria, que mantenía su espada desenvainada al frente ante el escudo de Vitoria, aclamado por una muchedumbre de ciudadanos tallados a su lado que, por fortuna, no parecían tener ganas de entrar en la conversación.

—No crea —prosiguió el militar—, considérese un privilegiado; no puede interactuar cualquiera con nosotros. Pese a llevar en este lugar más de cien años, pocos han sido los mortales que, como usted, han escuchado los quejidos y las conversaciones de nuestra historia.

—Supongo que eso estará bastante condicionado por el nivel alcohólico de los que pasan a su lado —dije, por el contrario, cada vez más sobrio.

—No. Lo único que determina la interacción con todos nosotros es la sensibilidad de la persona y usted parece poseer altas capacidades de empatía.

—Pues debe ser usted el único que lo ve. Pregúntele a Blanca, para quien hoy he caído en la escala evolutiva al nivel de los artrópodos.

—Por favor, no se dirija de esa manera tan falaz a nuestra patrona inmaculada o me verá obligado a blandir mi sable en su honor.

—No me refería a ella. —Señalé la hornacina a lo lejos donde se vislumbraban con dificultad un par de ramos de claveles medio secos a los pies de la virgen—. Hablaba sobre mi pareja, o mejor dicho expareja, puesto que acabo de romper con ella esta misma noche.

—¡Qué triste es todo! —vociferó una muchedumbre al unísono, en coordinada voz coral, desde el otro lado del monumento. Giré un poco el torso para intentar verla.

—No les haga caso —replicó Álava con resignación—. Son los perdedores de la contienda, que se pasan el día y la noche lamentándose por la derrota. De todas formas, siento mucho que no sea digno de merecer a su dama.

—Bueno, digamos que es más complejo que todo eso. Seguro que ha visto muchas relaciones destrozadas con el tiempo que lleva en este emplazamiento.

—Que llevamos, joven. —Un timbre de voz agreste, dominante, intervino arrojando la frase desde el círculo escultural del primer piso del monumento. Allá en las alturas, poderoso y enérgico, Arthur Wellesley nos escrutaba bajo su *chapeau bras* o sombrero bicornio colocado en la testa a la manera inglesa.

—Usted es... usted es... —repetí como un loro— ¡el duque de Wellington!

—*Yes, of course*. Y me acompaña mi amigo el general Morillo, *El Pacificador*, conde de Cartagena, marqués de La Puerta y bravo guerrero.

Me pareció por un momento que El Pacificador agitaba la mano a modo de saludo, pero descarté el gesto viendo que sujetaba con firmeza las riendas de su cabalgadura de cobre verdoso a la que por cierto le faltaba una oreja.

—Desde nuestra privilegiada posición hemos sido partícipes, como si de una función de teatro inacabable se tratara, de las escenas del día a día de esta ciudad —prosiguió el inglés—. Hemos sido testigos mudos de la evolución de la población, de los avances de las ciencias (que adelantan que es una barbaridad, como diría Don Hilarión en *La verbena de la Paloma*), de las alternancias políticas desde Alfonso XIII hasta la actual democracia, pasando por la II República, el alzamiento nacional y la eterna dictadura franquista, sin olvidarnos de las terribles penurias de la Guerra Civil Española que, como todas las guerras por definición, son atroces, devastadoras y viles pero además, cuando son internas, poseen la cruel capacidad de enfrentar a familiares y amigos entre sí en una confrontación desalmada, sembrando en el país una semilla de odio que se perpetúa a lo largo del tiempo y que termina exigiendo, para su olvido, un ineludible reconocimiento y una amplia generosidad.

—Eso es cierto —corroboré con cierta tristeza—. Y ustedes han visto todo eso porque continúan en este lugar, inamovibles, desde mil novecientos y poco...

—Desde 1917 exactamente —replicó el general Álava con convicción—. Recuerdo perfectamente el discurso de inauguración del entonces alcalde de la ciudad, el ilustre abogado Elio Molinuevo, congratulándose por tan fastuosa obra, haciendo mención al remate superior —el general

bajó un poco el tono de voz mientras señalaba la parte alta del monumento— donde la Niké alada portaba una rama de olivo como símbolo de paz, en unos momentos en los que Europa se hallaba sumergida en una contienda mundial que esparciría por sus tierras diez millones de cadáveres y veinte millones de heridos.

Me fijé cómo en la cúspide del colosal monumento se apelotonaban de manera agobiante un león que pisoteaba sin compasión a un águila símbolo de las tropas imperiales, mientras la diosa de la victoria con sus alas extendidas hacía referencia metafórica al pueblo victorioso, apiñado bajo ella, y a la unidad nacional. Efectivamente, la mano diestra de la deidad griega portaba una rama a modo de varita mágica que comenzó a mover en círculos para terminar señalándome con ella. Di un brinco de sorpresa como lo hubiese hecho Harry Potter ante una práctica improvisada de Hermione en la clase de magia para aprendices.

—La victoria, la patria... —dijo la diosa sin dejar de señalarme con el olivo—. He visto cometer tantas barbaridades en nombre de quienes defienden esos conceptos con un discurso devaluado que me he vuelto una escéptica de manual.

—Ya, ya, Victoria —intervino Morillo, poco dado a la charla y muy entregado a apaciguar los ánimos—, nos lo has dicho muchas veces, pero este señor no tiene la culpa de nada.

La estatua superior, con su cobertura de bronce atiesta de manchas, fisuras, grietas y puntos de corrosión, que corroboraba con esa degradación física el abatimiento de sí misma, retornó a su habitual posición erguida y mirada disipada en lontananza.

—Por eso hablaba más bajito cuando me refería a ella —se excusó Álava—. Nuestra diosa está pasando una mala racha. Tiene depresión, pese a no querer reconocerlo, porque con todos estos nacionalismos independentistas que surgen por doquier a lo largo de la piel de toro teme que lo que tanto nos costó unificar se acabe disolviendo.

—Bueno, no hay que ser tan crudo en las previsiones —respondí a la ligera, intentando aportar calma y cordura a la conversación que se iba por las ramas y no precisamente de olivo—. La Historia nos ha enseñado muchos errores que espero no repitamos demasiado pronto. Y, de todas formas, la voluntad de decidir y la forma de participar en el gobierno está por fortuna en manos del pueblo.

—*Panem et circenses*, ya lo dijo Juvenal en la Roma precristiana. El pueblo lo que quiere es pan y circo —concluyó Wellington categórico.

—Bueno, y aquí en Vitoria, ciclismo, baloncesto y fútbol también, ¿eh? —añadí para darme algo de importancia, ya que los términos en latín y las reflexiones políticas elevaban la conversación a términos propicios para generarme cierto síndrome del impostor.

—¡Qué nos va a contar al respecto que no sepamos! —replicó Miguel Ricardo de Álava animado—. Hemos visto pasar por esta plaza el Tour de Francia, la Vuelta a España y la Vuelta Ciclista al País Vasco, además de infinidad de otras carreras de triatlón o pedestres como la media maratón, la Martín Fiz, la Carrera de la Mujer o la San Silvestre. Y, por supuesto, como bien ha dado a entender, los recibimientos multitudinarios al Alavés en sus varios ascensos a la primera división y los triunfos sin parangón del Baskonia en el mundo del básquet nacional e internacional.

—Hombre, y a Celedón... —no pude dejar de completar recordando multitudes congregadas en la plaza cada cuatro de agosto. Me pareció ver como Álava y Wellington se miraron con complicidad y cierta sorna antes de responderme:

—Fuimos testigos de excepción —aclaró el británico— de la invención y puesta en escena del aldeano de Zaldueño. El respetable señor Isasi lo encarnó por primera vez allá por 1957 y sepa usted que, en aquella ocasión inaugural, la cuerda se terminó rompiendo y el muñeco cayó sobre los tejados. Por fortuna, el blusa supo solventar tal inconveniente y salió al alero del ayuntamiento con el paraguas

abierto, el puro encendido, cantando, saltando dicharachero y solventando así el incidente, porque en aquellos tiempos el cable descendía desde San Miguel hasta la plaza de España.

—Y así fue hasta 1970 —siguió el general alavés— que, por motivo de unas obras, acabó bajando hasta el lugar que ahora conocemos y asociamos todos de manera ininterrumpida... Bueno, miento, en 2020 y 2021 el intratable COVID 19 nos dejó huérfanos de fiestas y jolgorios robando años irrecuperables de aprendizaje a los más jóvenes y arrebatando tiempo de valiosa existencia a los más ancianos, para dejar claro cómo la vida es frágil y etérea, no siendo igual ya nuestra visión de la misma desde entonces.

—Y hablando de vida diferente, ¿las modificaciones en la plaza? —pregunté—, ¿les gustan?

—Los jardines, antaño, aportaban una eclosión de alegría en primavera, languidez y añoranza en otoño y un manto blanco de postal en invierno, pero las palomas congregadas en su entorno nos bombardeaban con corrosivos excrementos hasta dejarnos hechos un asco. Ahora resulta todo más limpio y es un buen punto de encuentro. Además, la figura arbórea de la Green Capital, las fuentes sorpresa que calan a los foráneos despistados y la Mirada de Ibarrola, cuyos paisanos suyos denominan de una forma un tanto grosera, ponen un punto particular al conjunto.

—Pero no se crea que eso ha sido lo único —tomó relevo el duque—. Hemos visto pasar sorprendidos los primeros coches matriculados en Vitoria cuando se podía circular por las calles adyacentes y nos hemos quedado asombrados e incluso atemorizados ante un avión alemán cuando se estrelló aquí al lado, en la plaza delante del ayuntamiento...

—¿Un avión? —repetí extrañado.

—Un caza del ejército nazi. Se estampó delante de donde está ahora Información y Turismo. Lo que ocurrió fue que la censura de la época clasificó lo sucedido y prohibió la difusión en la prensa, claro está. Había buen *feeling* con los alemanes en 1936, en los aciagos tiempos del caudillo.

—Pero bueno, podríamos seguir contándole mil batallitas, menos importantes que la que representamos, eso sí, aunque curiosas todas ellas —concluyó Wellington, dándose cierta importancia.

—Por favor —insistí encantado. El reloj de San Miguel replicó con dos campanadas marcando la hora, algo inédito puesto que desde 2015 está desactivado por las noches para facilitar el sueño a los vecinos (ya ha costado, desde que se puso en marcha hace siglo y medio...). Estaba claro que aquella noche resultaba todo sorprendente y fantástico.

—Desde nuestro pedestal inamovible vimos montar, como un delicado mecano, el primer tiovivo que funcionó en España. Fue justo allí enfrente. —El militar alavés tomó el relevo a su compañero pétreo y señaló con su espada, roma por el desgaste del tiempo, hacia la calle Becerro Bengoa—. Eso fue en 1955, antes de que las norias y otros artefactos infernales invadieran ciudades y poblaciones revolviendo los estómagos más imperturbables. También conocimos las primeras líneas de transporte urbano, cuando tenían todas sus paradas principales ahí mismo delante de la mítica juguetería Kolkay en General Loma, primero en manos privadas hasta que en los sesenta se fundó TUVISA, la empresa municipal que asumiría la operatividad de los autobuses.

—¡Y el ajedrez viviente! —replicó Wellington a voz en grito—. Eso sí que fue algo asombroso, con decirle que salió hasta en el NODO de 1960 ya se hará una idea: figuras a tamaño real con humanos caracterizados en el medievo, torres enormes de cartón piedra y auténticos rocines portando a caballeros sobre sus lomos. Seguimos desde aquí la partida disputada en la que fuera la plaza de la Constitución, después plaza de Alfonso XII y por último plaza de la República hasta el golpe de Estado del 36, cambiando entonces su denominación a plaza de España.

No pude evitar mirar hacia uno de los accesos a la plaza con más nombres del mundo; denominada originalmente plaza Nueva cuando Olaguibel la construyó (en contraposición a la plaza

Vieja, ahora plaza de la Virgen Blanca) dando continuidad a la parte alta medieval de la ciudad con la zona nueva del ensanche a través de la habilidosa edificación de los Arquillos.

Entonces me invadió la claridad a modo de fogonazo que llegaba desde atrás, como un halo de luz antinatural e iluminaba a los rocosos compañeros de tertulia creando unas tétricas sombras misteriosas. Al rato, alterándome el sentido, intuí un extraño aliento en el cogote estremeciendo mi cuerpo de pies a cabeza. ¿Sería quizá el espíritu del Sacamantecas que vagaba por la noche vitoriana al acecho de alguna otra víctima? ¿Acaso Andresito habría dejado la seguridad de su edificio en la sede de Hacienda para hacerme una visita? ¿O tal vez La Emparedada, La Malquerida o la marquesa de Montehermoso querían tener su momento de gloria en esta noche mágica?

—¿Se encuentra bien, caballero? —preguntó una voz cálida detrás de mí.

Giré sobre los talones y la desilusión empañó mi rostro con una bruma de cruda realidad. Un vehículo de la Policía Local estaba aparcado a pocos metros de donde me encontraba y una pareja mixta de agentes del cuerpo se preocupaban por mi deambular taciturno.

—Sí, sí; estoy bien. —Igual la lengua aún la tenía un poco pastosa—. Es que estaba hablando con... —Enmudecí ante la posibilidad de que, si les detallaba mi vivencia previa, los agentes me tomaran por loco obstinado, borrachín empedernido o drogadicto de mal vivir.

—¿Con quién hablaba? —me preguntó la chica mirando alrededor. La coleta rubia que recogía su pelo y salía bajo la gorra reglamentaria se balanceó hacia uno y otro lado acompañando el gesto en un compás rítmico que me pareció muy sensual.

Me mantuve un instante silente, intentando dar muestras de cordura y aplomo. Miré el monumento conmemorativo a la Guerra de la Independencia y todas sus figuras se reservaban inertes, inanimadas, hieráticas, ajenas a la conversación que habíamos mantenido durante varias horas.

—Conmigo mismo —dije al fin de manera afligida. Bajé la cabeza y negué tres veces con la cabeza, como hizo Pedro en un momento de nervios ante el palacete de Caifás. En mi caso aún faltaba un rato para que el gallo empezara los maitines—. Verán —continué—, he pasado un mal día, lo he dejado con mi pareja y no me encuentro muy centrado.

—¿Por qué no se va a su casa? —me sugirió el agente en un tono suave pero rotundo que convertía la propuesta en precepto de obligado cumplimiento, como si me indicara que no podía aparcar en la zona reservada a minusválidos bajo cuantiosa pena económica y extrema bajeza moral.

Les di las gracias por la preocupación y me disculpé por haberles molestado en su ronda noctámbula. Comencé el ascenso por la plaza hacia Mateo Moraza rumbo a mi casa, no diré que siguiendo una línea recta tal y como las matemáticas la definen, pero sí razonablemente constante, con menores desviaciones laterales. Al poco, viendo marchar al coche patrulla con sus luces azulonas de posición, me giré hacia el conjunto monumental de la Batalla de Vitoria y me aproximé nuevamente deshaciendo parte del camino andado. Sobre el suelo, la alargada sombra de la construcción se extendía hacia mí resguardándome del reflejo mortecino de las farolas. Cuando vislumbraba los trazos irregulares proyectados en el suelo (llámenme loco otra vez si así lo desean), estoy seguro de que Wellington levantó su espada con una mano mientras con la otra hizo un gesto de saludo, dirigido a mi persona, rozando con sutileza el ala de su sombrero napoleónico.